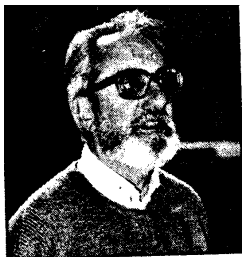


CON LA PLUMA EN RISTRE

Un provinciano viene a «la Junta»

Por Antonio Pereira



Antonio Pereira nació en El Bierzo. Publicó novelas, libros de poesía y de narrativa breve. Obtuvo el premio Leopoldo Alas, por su libro de cuentos *Una ventana a la carretera*. En la actualidad prepara *El síndrome de Estocolmo* y otros relatos.

Los provincianos venimos a Madrid a que nos operen de alguna cosa rara; a ver la feria del Campo (cuando había feria del Campo) a sentarnos un rato en el café Gijón, con timidez, cuidando de no robarle la silla o el peluche a un señor académico. Lo que yo no recuerdo es haber viajado a Madrid para asistir a la junta de un banco. Pero ésta debía de ser una junta muy especial, porque se oía decir, sencillamente, “la Junta”. También ocurre que uno no está acostumbrado a que el presidente de la entidad le escriba una carta personal. En mi juventud tuve amistad con un banquero, que era banquera. No hablo de una agencia o sucursal o corresponsal de pueblo, sino de un auténtico banco como puede serlo cualquiera de los siete grandes, y giraba como viuda de Nicolás González, y la oficina- sin ventanillas- daba al jardín de Villafranca del Bierzo, donde más se encuentran poetas desperrados que capitalistas. Con la banquera se hablaba directamente y sin rodeos, eran otros tiempos, y ahora me ha sorprendido que el presidente de un banco me escriba una carta que no es una carta circular, no, de ninguna marea. El presidente me llama amigo, me ruega «con el mayor interés», se despide saludándome cordialmente. Qué otra cosa iba a hacer más que mudarme de limpio y venir.

En la Castellana de Madrid, en las proximidades del Palacio de Congresos, se olfateaba el acontecimiento como ocurre en la hora previa de los estadios y de las plazas de toros. Pero aquí la marea avanzaba cauta y rumorosa, deslizándose más que empujando, con esa discreción de los ahorradores. No estaba mal la previsión de la policía con sus coches. Mejor aún estaban las ambulancias junto a las puertas. Las cosas del dinero pueden causar emoción, y la edad media del accionariado, sin ánimo de molestar, parecía justificar algunos cuidados.

Éramos tres mil, cuatro mil, cinco mil. Éramos muchos accionistas grandes o pequeños, ocupando las largas filas de butacas o pegados a las paredes, rebotados algunos hacia el exilio de las pantallas interiores. Y qué bonito estaba todo, y las luces, y las flores y las banderas, más las azafatas cimbreadas de acá para allá a los compases de la música, que era española y briosa, mayormente la boda de Luis Alonso. Los demás no sé, pero yo hubiera metido allí mismo en acciones hasta el dinero del billete de vuelta. Los demás debían de saber más que yo, porque, antes de que los altavoces se fueran apagando, supieron captar las señales invisibles de que la función iba a comenzar. Se acallaron los rumores. A la mesa, vestida de terciopelo carmesí, se entraba por un pasadizo de cortinas, y así fueron pasando los personajes, el personaje. Los fotógrafos y los operadores fue ver aquella epifanía y arracimarse delante y alrededor de la mesa. Como si se tratase de Reagan o Gorbachov.

La presidencia se excusó muy fina porque a una parte de los señores accionistas tenía que darnos la espalda. (“Las presidencias no tienen espalda”, se podría corresponder con galantería.) En uno de los primeros días del año, con algo de mañana de Reyes, la presidencia empezó a hablar y lo importante no estaba en las cifras ni en las fusiones o las transfusiones, era el tono, la firmeza aliada con la suavidad, la persuasión y, en definitiva, el carisma. Las señoras enfocaban sus gemelos hacia la presidencia, y a alguna la oí suspirar. Me alegré de estar de traje y corbata, como en el teatro en las fiestas del Cristo. Hubo un momento en que la presidencia aludió, con elogios, a un antecesor. No se había rematado la primera frase y ya los fogonazos se desplazaban al lugar donde el elogiado asistía a la junta, sabedores como nadie, los fotógrafos, de qué lado soplan en cada momento los vientos.

Debe de haber en el banco un libro tumbo, un libro así de gordo de actas, y este modesto accionista no tiene talentos de secretario puntilloso. A uno, más que “un documento” -si no es pedante que un provinciano cite a Cocteau- le basta “sólo una música”. Por ejemplo, la comprobación de que en la capital de España pasan las mismas cosas que en la capital de diócesis o de partido judicial. Llegó el momento de las intervenciones del público. Perdón, de los accionistas. Y la junta famosa era en sustancia la misma junta de la Sociedad de Socorros Mutuos de Astorga, o del Círculo Mercantil e Industrial de Crevillente. Allí estaba el panegirista fervoroso, pronto (¡pero no tan pronto!) sucedido por otro panegirista fervoroso y reiterativo. Y luego, por el estilo, el bando de los críticos. Porque, qué más alta ocasión -si bastan 50 títulos- para cumplir un hombre su vocación de tribuno, incluso de mantenedor de juegos florales. El peticionario de la palabra se acercaba al micrófono plantado sobre el ruedo de alfombras, se estiraba la chaqueta, carraspeaba, sacaba los folios y todo era ya posible...

No diré que con los pies fríos, pero del lujoso recinto salí con la cabeza caliente de dividendos y de OPAS, de bonos de tesorería y de ampliaciones probables. Me hubiera gustado saludar a mi afectísimo amigo, el presidente de la entidad. Que supiera que he venido a “la Junta”...

-¿Y no dan prima de asistencia?, porque algo de eso había oído decir.

-No, señor -me informó un joven amable-, lo que dábamos otras veces eran bombones.

En un restaurante de la corte me comí (y me bebí) unas cuantas acciones ordinarias. Es la hora de volver a la estación de autobuses. Los bombones se los llevaré de Medina del Campo a mi señora, o sea, por cuenta del accionista.

